

HISTORIA, MITOS Y FÁBULAS PARA COMPRENDER LA POLÍTICA RUSA HOY

INTRODUCCIÓN

Éste es un tiempo de incertidumbre, un tiempo en que muchos miran a Rusia y piensan que la clave para comprender lo que está sucediendo puede hallarse en el estudio de la estrategia, la geografía o la geología (Naím, 2004). Salvo raras excepciones como Olga Novikova (2005) no cuentan para ello con la Historia. Yo creo, sin embargo, que para comprender lo que pasa en Rusia la Historia no ha agotado sus bien conocidas potencialidades, aunque reconozco que tenemos un problema: es cierto que admitimos la importancia del pasado para comprender la política, pero excluimos al mismo tiempo del círculo de los estudiosos de la política a los que se interesan por lo mítico. Hace todavía unas décadas, los más destacados representantes de la Ciencia Política solían justificar su dedicación a la investigación de lo mítico argumentando que los hombres tienen inteligencias limitadas y, por fuerza, tienen que recurrir al mito. En esto fue especialmente tajante Carl Joachim Friedrich: si las cosas hubieran sido hechas siempre en términos racionales, nada se habría hecho nunca, y menos en política (Friedrich 1968, 112).

Eduard Tarnawski es Profesor de Ciencia Política en la Universidad de Murcia. Es doctor en Ciencia Política por la Universidad de Varsovia. Ha sido profesor en las Universidades de Varsovia, Granada e Internacional de Catalunya en Barcelona.

Este trabajo no es una investigación historiográfica. No me propongo seguir al historiador Michael Cherniavsky, para quien sin conocer los mitos no se podrá comprender la historia. Éste es un tipo de análisis político que parte de una hipótesis historicista, a saber: los problemas que se les plantean a los líderes políticos rusos exigiendo que tomen decisiones, a veces de urgencia, no son en realidad cuestiones estratégicas, tal como ellos mismos las presentan –y tal como nosotros mismos solemos pensarlas–, son, por el contrario, dilemas que ya una vez aparecieron y fueron resueltos, aunque no de manera definitiva.

LOS MITOS, LA RELIGIÓN Y LA POLÍTICA

Si la política, por su naturaleza, se caracteriza por la extrema falta de aplomo, por no pisar suelo firme, los mitos tienen asegurado su papel, incluso privilegiado, en esta esfera de la vida y especialmente en los tiempos de convulsiones y erupciones (Cassirer 1979, 246). Y también, si la política se caracteriza por la tensión entre *logos* y *mythos*, para el pleno uso político de los mitos hace falta un alto nivel de desarrollo de la capacidad de razonamiento. Para que el mito aparezca en la vida política, tanto la sociedad misma como la política tienen que alcanzar una gran complejidad. El uso de los mitos para fines políticos no es pues posible en las sociedades primitivas, precisamente por la ausencia de tensión entre lo racional y lo irracional (Cassirer 1979, 251). Los mitos no son formas de vida colectiva inconsciente. Todo lo contrario, tienen que ser elaborados hasta los últimos detalles. Puestos a admitir que no son los políticos los dueños de la política, habrá que reconocer que los que están detrás del político no son los hombres de dinero sino los que le suministran los mitos convenientemente elaborados.

Y un problema más: la relación entre política y religión. Aquí resulta esclarecedora la afirmación rotunda de García-Pelayo: si los mitos caben en la política es porque ésta no se ha liberado del todo de la religión. Pero no nos vamos a quedar en la religión sino aún más atrás, en los tiempos remotos, cuando el hombre expresaba sus temores y sus esperanzas a través de los mitos (García-Pelayo 1964, 12).

¿Cuál es la diferencia entre mitos y utopías? Podemos decir que el mito responde racionalmente a una actitud existencial; la utopía a una actitud mental. “En el mito, la esperanza de un régimen feliz se despliega en un abanico de imágenes y símbolos de carácter misterioso; en la utopía, tiende a ordenarse en un sistema de conceptos (...) El mito gira en torno de la idea hebraica de la verdad, *lo que será*. El mito se vive con todas potencias del alma. La utopía gira en torno de la idea griega de la verdad y nos demuestra cómo *son* las cosas. Las utopías se piensan para realizarlas siempre de modo calculado y rigurosamente lógico. Aquí los hombres son sólo unos apéndices de un sistema geométrico. Si los mitos son totales, las utopías se dejan descomponer. Si el mito es simple, la utopía es pedantescamente compleja. Si la moral del mito es heroica, la moral de la utopía es eudemonista” (García-Pelayo 1964, 33-35).

DEL MITO DEL REINO UNIVERSAL A LA UTOPIA IMPERIAL DE UNIR EUROPA

El mito que a lo largo de la historia política de Europa iba apareciendo ya en forma de utopía nació en la India en los tiempos pre-arios. El mito narra que un día nacerá un hombre que será reconocible por ciertas señales de su cuerpo y de su alma y que será el rey universal de la paz, que pondrá fin a las guerras entre los reinos y fundará el reino final (García-Pelayo 1964, 14). En todas las versiones de este mito lo esencial es que une elementos religiosos con elementos sociales. Cuenta cómo al final de los tiempos, el último de los salvadores vencerá definitivamente al dragón y entonces no sólo habrá una salvación individual sino también social. Así se logrará la unidad de la humanidad, que se fundará sobre el amor recíproco y en la desaparición del miedo (García-Pelayo 1964, 16).

Los primeros que incorporaron este mito fueron los judíos, después los romanos y finalmente pudo acoplarse al conjunto de las ideas políticas de los cristianos. Fue Joaquín de Fiore (1145-1205) el primero que supo incorporar el mito del último reino al conjunto de sus ideas políticas (García-Pelayo 1964, 30). Inmediatamente después, una de las dinastías europeas incorporó el mito en su propia estrategia de poder: los

Habsburgo. Lo explicaba con muchos detalles la historiadora norteamericana Marie Tanner hace una década (Tanner, 1993). Nadie gestionó mejor el mito del último reino que los emperadores que se encontraban primero en Roma, luego en El Escorial y al final en Viena, pero lo que realmente es esencial para comprender el mundo actual es cómo este mito se asentó en Moscú. Es bien cierto que el libro de Tanner no está dedicado a la historia rusa, o al menos no hay ninguna indicación de ello ni en el título ni en ningún apartado. Lo cierto es que nuestra historiadora no se sorprende en absoluto de la presencia de sentimientos imperiales en la sociedad rusa porque nadie por sí mismo puede liberarse de la obligación de custodia del mito de último reino (Tanner 1993, 252).

Éste aparece en la historia política de Europa en el escenario de las elecciones de los emperadores de Occidente en el año 1273 cuando fue elegido como primer emperador de la Casa Habsburgo el Conde Rodolfo (1218-1291). Al principio nada indicaba que éste sería un acontecimiento decisivo para el futuro de Europa. El candidato respondía al perfil preestablecido por los electores, es decir, destacaba por sus escasos méritos, por su provincialismo, por su falta de importancia y de peso específico en la política. Pero precisamente esto le hacía ser el candidato ideal: ser un hombre mediocre era la mejor garantía de que el trono imperial que iba a ocupar no se convertiría en una fuente de despotismo. Pero tampoco nadie podía imaginarse que los Habsburgo podrían perpetuarse en el poder durante seis siglos y medio, hasta 1918. Desde luego –afirma Tanner– si lo consiguieron no fue gracias al despotismo, sino a la recurrencia permanente al mito imperial subyacente en la cultura europea.

La clave del éxito de los Habsburgo es que fueron los primeros en darse cuenta de la naturaleza del poder imperial, en descubrir que los mitos son la fuente y no el instrumento del poder. Comprendieron que quien pretendiera gobernar Europa tenía que desarrollar su vida personal en un escenario inventado. Los Habsburgo lograron ser emperadores, insiste nuestra autora, no por ser más fuertes o más astutos que otras familias nobles, sino gracias a su disposición a someterse a las exigencias de la escenografía. En su familia, ciertamente, había parientes alemanes, franceses, españoles, italianos y húngaros, pero lo decisivo a la hora de aspirar a gobernar Europa fue que los au-

tores de genealogías míticas les atribuían ser descendientes de reyes y profetas judíos, semidioses griegos y egipcios, divinidades romanas, santos cristianos y héroes troyanos. Entre los parientes más cercanos a Maximiliano I de Habsburgo (1459-1519) había más de cien mártires, papas y santos (Taner 1993, 103). Esta lista ha sido de alguna manera continuada hasta 2003, cuando apareció en ella el nombre de Carlos I de Austro-Hungría. Según un portal oficial, el nombre de pila del *Papa polaco*, Karol, fue escogido por su padre precisamente en honor al último emperador de la Casa Habsburgo <http://www.aciprensa.com>

LOS JÁZAROS

Para que una fabulación acabe teniendo consecuencias políticas debe cumplir ciertos requisitos, entre los cuales Jon Juaristi destaca los siguientes: debe decir cuándo nació una determinada comunidad; dónde nació; quién la engendró; hacia dónde emigró; cómo se liberó; cómo llegó a ser grande y heroica; cómo decayó y fue conquistada; cómo recuperó la antigua gloria (Juaristi 2000, 21).

Por un periodo muy breve los cristianos, siguiendo a san Agustín, vivieron de espaldas al mito imperial. ¿Para qué unir su fe en Cristo a la fuerza de un emperador? Pero con el paso del tiempo la idea les fue atrayendo cada vez más. Y no era de extrañar: ¿acaso no lo implicaba el riguroso monoteísmo de los profetas hebreos y el estoicismo greco-romano que la Iglesia acababa de reconocer como suyos? Así llegó el momento en que los cristianos empezaron a creer que un rey podría ser a la vez líder espiritual. La primera organización edificada sobre este nuevo principio fue el reino toledano. Los visigodos atravesaron Europa para encontrarse en las orillas del Mar Negro con el Imperio Romano y, tras abrazar la religión cristiana y declararse vasallos del Imperio, se asentaron definitivamente en la Península Ibérica. El reino visigodo duró muy poco. Al principio del siglo VIII fue aniquilado por los invasores árabes.

Pero en el otro extremo del continente, en las llanuras transcaucásicas, la invasión musulmana pudo ser frenada gracias a un enigmático Estado,

llamado el imperio, reino o kanato jázaro. No es cierto que la historia de los jázaros haya sido escrita exclusivamente por aficionados o por novelistas, pero la escasez de fuentes documentales de que disponemos invita a las más audaces afirmaciones sobre el papel que tuvo en la historia universal. Así, por ejemplo, Peter B. Golden, uno de los autores que escribió sobre este tema se preguntaba: ¿por qué a los escolares del mundo occidental se les ha dicho que si no fuera por Carlos Martel y su victoria en la batalla de Poitiers en 732, probablemente verían una mezquita en el lugar en que ahora ven la catedral de Notre Dame, y no se les ha explicado, sin embargo, que si no fuera por los jázaros... Europa podría ser una provincia del Islam? Pues fueron los jázaros los que en una batalla en 652 derrotaron a los invasores árabes.

En raras ocasiones las victorias en el campo de batalla son decisivas para cambiar el curso de la política y mucho menos el sentido de la historia. Así fue en las relaciones de los jázaros con los árabes. La superioridad militar jázara fue efímera, duró hasta poco después de su conversión al judaísmo. En el transcurso de la nueva invasión árabe los jázaros sufrieron una gran derrota. En 737 los árabes capturaron al Khan de los jázaros y le obligaron esta vez a convertirse al islam. El acto no pudo ser muy traumático si se tiene en cuenta que la población y la corte misma seguían practicando el chamanismo independientemente de las consecutivas conversiones de sus jefes (Noonan, 1999, 502).

Pero si el Estado jázaro, controlado por los judíos, se lanzó a buscar la cercanía con Bizancio fue porque le habían surgido unos nuevos enemigos: las nuevas tribus del Norte, entre ellas la de los Magiares. Concretamente ésta fue la amenaza que les obligó a buscar en 838 la ayuda de Bizancio (Noonan 1999, 502). Fueron estos invasores escandinavos los que en su expansión hacia el Sur liberaron a las tribus eslavas de la opresión jázara. El año 884, en que el príncipe Oleg decide no pagar tributos, podría verse pues como el comienzo del Estado ruso y tal significado daba a este acontecimiento la *Crónica rusa*, el principal documento escrito de la historia rusa. Así, no tanto la conversión al cristianismo en 989, sino la anterior liberación del yugo jázaro, puede ser tratada como el comienzo de la historia política rusa (Barford 2001, 238). Que no se trata en absoluto de un

debate sólo entre los historiadores lo demuestra el escándalo que se produjo en torno al monumento que erigió el escultor ruso Viacheslav Klíkov (1939-2006), quien en sus últimas obras no sólo conmemoraba al líder de los Blancos, almirante Aléxandr Kolchak que luchó con el Ejército rojo en Siberia, sino también al príncipe eslavo Sviatoslav, que venció a los jázaros. El escultor ruso retrata al príncipe eslavo aplastando a un guerrero jázaro que tiene en su escudo la estrella de David.

Dicho sea de paso, la existencia de aquel Estado jázaro en las orillas de Volga –y si efectivamente era judío– hacía despertar la imaginación hasta en la Península Ibérica, donde unos judíos se preguntaban cómo preservar su identidad ante el choque frontal inevitable que se avecinaba entre el islam y el mundo cristiano. Lo refleja el pensamiento de Yehudah Ha-Leví (1075-1145). Este célebre poeta judío nacido en Tudela (Navarra) estudió medicina en Lucena y ejerció como médico. Sin embargo, se dedicó a cultivar la literatura y la tradición mística. Vivía en Córdoba, donde en 1143 escribió una obra, que describía la polémica filosófica que tuvo lugar supestamente en la corte del kanato jázaro entre un doctor islámico, un filósofo cristiano y un rabino judío a propósito del sueño (Ha-Leví, 2001). La obra pretendía poner en evidencia la superioridad de la religión judía frente al islam y el cristianismo. Su libro fue bien conocido en su momento, y posteriormente traducido en varias ocasiones, entre otras por Johann Gottfried von Herder (1744-1803) y Moisés Mendelssohn (1729-1786).

Al texto de Ha-Leví, no se le dio valor documental hasta que a mediados del siglo XIX fue descubierta la correspondencia en hebreo entre, por un lado, el príncipe de los jázaros José, y por otro, el Umayyad visir Hasdai Ibn Sharputun, un diplomático judío que se desplazaba a Bagdad con la misión oficial de representar al califa de Córdoba, pero también para recabar información de valor vital para sus correligionarios sobre aquel Estado judío en la falda del Cáucaso. No hay otros datos que indiquen una relación más estrecha entre el Khan jázaro y el diplomático judío de Córdoba. Pero el estudioso del proselitismo judío Norman Golb plantea la posibilidad de que estas relaciones pudieran llegar a ser muy intensas y por eso menciona a un tal Abraham ibn Daud, quien en 1160 encontró a un rabino jázaro en el camino hacia Toledo (Sheynin 2000, 340).

En los mitos de la historia convergen la literatura y la política. Si efectivamente son tan peligrosos como se dice no es por expresar u ocultar la verdad sobre el pasado, sino por proponer los *contramitos* tal como lo hizo en la novela *La decimotercera tribu* el escritor húngaro Arthur Koestler, que presenta la tesis según la cual después de ser destruido el imperio jázaro, su población se dispersó por toda Europa. Por consiguiente –dice Koestler– cabe la posibilidad de que los judíos europeos no vengan del río Jordán sino de otro río, el Volga, que procedan no de Caná sino del Cáucaso. Los judíos no son de raza semita sino de raza aria y están más emparentados con los magiares que con la simiente de Abraham, de Isaac y de Jacob (Koestler 1976, 21).

LOS BIZANTINOS

Hace poco, el presidente Vladimir Putin aseguraba a la audiencia de la televisión francesa que Rusia representa la síntesis de la cultura griega, romana y bizantina¹. Al parecer este énfasis en el carácter bizantino del poder ruso es en realidad fruto de una confusión provocada por el rey de Francia Luis XIV (1654-1715), quien para justificar el ceremonial inventado en su propia corte decidió favorecer el interés de sus intelectuales por Bizancio abriendo un campo de estudios nuevo (Wortman 1995, 15-16).

Otra confusión es la que surge en torno a lo que es la teocracia. El hecho de que la Iglesia estuviera subordinada al zar no hace de Rusia una teocracia comparable a la de Egipto o Babilonia, como pretendía un reconocido historiador del siglo pasado. “Rusia ha sido siempre una teocracia, una sola comunidad que unificaba la iglesia y el Estado. En esto se parece más bien a las grandes culturas ‘monolíticas’ del antiguo Oriente –Egipto, Babilonia y China– que a la cultura dualista o pluralista de Occidente” (Dawson 1953, 150). Desde luego, la separación formal entre Iglesia y Estado no libera a nadie de la sospecha de ceder a las tentaciones teocráticas. Ése es el caso de Estados Unidos o de Polonia, donde la Constitución separa Iglesia y Es-

¹ Entrevista concedida por el Presidente de Rusia, **Vladimir Putin**, al canal de televisión francés TF-1, París, 11 de febrero de 2003.
<http://www.in.mid.ru/bl.nsf/0/5f2fde10488e7b8f43256ccd005b8d13>

tado sin que, al parecer, esta medida sea suficiente para garantizar el carácter laico de la vida política en estos países. Pero hablemos de Rusia.

En primer lugar, hay que subrayar que el primer zar que asumió funciones eclesiásticas fue el mismo que abrió Rusia a Occidente, Pedro el Grande (Pabón 1948, 19). Ahora bien, si en la era soviética el poder derivó hacia el autoritarismo, obviamente esto no fue por la unión de la religión con el Estado. No estoy seguro de si la URSS no estuvo en su momento muy cerca de fundar un sistema de teocracia modélica. Tal, desde luego, ha sido el proyecto original de uno de sus máximos dirigentes, Anatoli Vasilievich Lunacharski (1875-1933), quien escribió en 1907 que el socialismo era la forma de religión más avanzada.

LOS MONGOLES

La ciudad de Constantinopla estaba en la ruta del comercio de Europa con China y esto era desde hacía muchos siglos motivo de ansiedad, rivalidad y envidia, instintos que eran especialmente intensos entre los comerciantes de las dos ciudades-república latinas: Génova y Venecia. No es de extrañar que fueran sus jefes los responsables de que una de las cruzadas en marcha para liberar Jerusalén no alcanzase el objetivo sino que desembocase en el saqueo de esta capital cristiana. Constantinopla, que había resistido a los ataques de los persas, árabes, avaros, escandinavos y rusos, cayó ante los cruzados latinos. El 12 de abril de 2004 se hubiera podido rememorar el 800 aniversario de esta conquista europea (1204), pero a quién puede interesar este acontecimiento cuando en la agenda europea está la entrada de Turquía en la UE.

Como he dicho, los rusos estaban entre los que buscaban la manera de quedarse con la riqueza oriental de esta capital cristiana, que por cierto conocían muy bien también por ser el centro del tráfico de esclavos. Pues la principal mercancía procedente de las estepas rusas eran los esclavos, y fueron los mismos príncipes rusos los que exportaban a sus súbditos tanto a Constantinopla como a Bagdad (Carr 1990, 12). Ellos, desde luego, no podían imaginarse que su capital, Kiev, pronto iba a compartir el destino de Constantinopla de convertirse en botín de unos saqueadores, esta vez

no latinos sino mongoles. En efecto, al Este de sus fronteras crecía un nuevo Estado cuyo fundador fue Khan Gengis (1167-1227). Éste en 1223, habiendo visto frustrado su intento de conquistar Bagdad, compensó su fracaso ante los árabes arrasando a la tropa rusa en la batalla del río Kalka. La capital tenía los días contados: en 1240 Kiev cayó en manos de los tártaros, que eran vasallos del Khan de los mongoles. Esta fecha marca el comienzo de la etapa mongol en la historia rusa.

Es cierto que los mongoles les vedaron a los rusos el camino hacia Europa, pero a cambio descubrieron ante sus ojos la estepa y la senda directa hacia Asia (Halperin 1982). Sin buscarlo, los príncipes rusos se encontraron formando parte del mayor imperio que ha visto la milenaria historia de la humanidad (Carr 1990, 41). A los rusos no les importaba el hecho de que este imperio hubiera sido creado por una tribu nómada, ni de que sus jefes no fueran creyentes, ni siquiera que fueran capaces de abrazar otra religión. ¿Quién sabe si no fue precisamente esto la condición que les permitió extender su poder desde el Danubio hasta el Pacífico? El secreto de la eficacia del sistema de poder que fundaron los mongoles fue saber combinar cuatro elementos que nadie imaginó que se pudieran combinar: nepotismo, tribalismo, tolerancia y democracia.

Los mongoles no construyeron templos, ni palacios, ni carreteras. Ningún signo visible conmemora su pasado. Con toda probabilidad, la mayor obra que nos han legado es el arte de fundar imperios, de gobernar continentes enteros. Esto es lo que les hace tan atractivos en nuestra era global, y de ello fueron conscientes algunos en su tiempo. De ello sabían el emperador Federico II (1194-1250), rey absoluto de Sicilia, a quien la perspectiva de que los mongoles tomaran Europa no le inmutaba para nada. Y éste era el caso del Papa Urbano IV, quien en 1245 mandó al monje franciscano Giovanni da Pian del Carpine (1180?-1252), el principal colaborador de san Francisco de Asís, a la corte del Khan en misión diplomática. Le acompañó como traductor de la lengua eslava otro monje franciscano, Benedicto de Polonia. Con una gran coalición contra el islam formada por mongoles y cristianos soñaba el sabio mallorquín Ramón Llull (1235-1315), que incluso empezaba a cobrar cuerpo a medida que crecían los rumores que circulaban ya desde 1250, según los cuales algunos jefes mongoles iban convirtiéndose al cris-

ianismo. Hay constancia de que tanto los cristianos como los judíos recibían trato preferente en las tierras conquistadas por los mongoles en el Próximo Oriente. No sabemos si los mongoles habrían podido liberar a Jerusalén del islam.

LOS LITUANOS

En la celebración en Moscú del sesenta aniversario de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial no faltaron ni grandes aliados ni grandes enemigos. Sin embargo, a la fiesta no acudieron las delegaciones de los vecinos más cercanos: Lituania y Letonia. La presencia de la delegación ucraniana y polaca no pasó inadvertida. Para comprender esta actitud de Rusia es importante que demos marcha atrás en el tiempo por lo menos hasta el año 1380. Es la fecha de la batalla de Kulikovo, en que los príncipes rusos vencieron a los ejércitos tártaros y, como consecuencia de ello, Rusia pudo empezar a andar por su cuenta en la política internacional. Pero faltaba todavía tiempo para que Rusia pudiese pisar fuerte en la política europea. No lo impedían los mongoles, aunque ellos mantuvieron el control sobre Moscú hasta 1480, sino el nuevo poder territorial que estaba surgiendo en la región: Lituania. En 1398 los lituanos extendían sus fronteras en el Sur hasta Crimea y en el Oeste se acercaban a Moscú (Rowell 2000, 703). Pero su expansión tenía límites, y lo demostró precisamente la victoria rusa sobre los mongoles.

Ante esta nueva situación los príncipes lituanos tenían que tomar unas decisiones de envergadura. La primera opción que se les planteaba era buscar una alianza con los Cruzados de la Orden Teutónica, quienes estaban en las orillas del Báltico ya desde la primera mitad del siglo XIII. Ésta fue, precisamente, la estrategia del príncipe Vytautas (1350-1430). A diferencia de su padre Kiejstut (1297-1382) que cultivaba ritos totémicos, éste sí que abrazó el cristianismo. Tras disputar el poder con su primo Jogaila, Vytautas buscó el amparo de los caballeros de la Orden Teutónica. En 1384 se bautizó por el rito católico y prometió dirigir una campaña antimongola. Para su política contaba con el apoyo del Papa Bonifacio IX (1356-1404) que veía en los lituanos un aliado. Pero Vytau-

tas no tuvo suerte. En 1399 su ejército sufrió en la batalla en el río Vorskla una gran derrota, que se considera la mayor victoria en toda la historia militar de La Horda de Oro.

Pero Lituania tenía otra vía alternativa. Ésta fue orientar su política hacia una alianza con Polonia. Lo inconveniente de ésta era que suponía el fin de Lituania como gran potencia, el fin de la *Pax Lithuana* para esta región (Kollmann 2000, 768). Es verdad que pudo haber elegido otro camino: acercarse a Moscú. Siendo hijo de la princesa rusa Juliana y bautizado también por el rito ortodoxo, pudo pensar que éste podía ser un camino adecuado; sin embargo, decidió acercarse al catolicismo porque le parecía que gracias a una alianza con Roma podía preservar su propia fórmula de hacer política, la que podemos llamar *jagellona*; aunque, esto sí, ya no desde su Vilnius sino desde el trono polaco de Cracovia. Los acontecimientos apremiaban. Tras la muerte del último rey de la dinastía autóctona polaca (los Piast), Casimiro III (1310-1370), la legítima aspirante a la corona polaca era su nieta Jadwiga (1374-1399), hija de Luis I Anjou (1342-1382).

Al tomar el trono de Cracovia la joven reina, se formaba una unión dinástica que abarcaba todo el territorio que se podía extender desde el Adriático hasta el Báltico, lo que ya era un hecho de suma importancia. Pero lo trascendente fue otra cosa. La joven princesa estaba prometida a Wilhelm von Habsburg (1370-1406). Tenía que ser ella, esta joven reina de Polonia, una las conquistas matrimoniales de los Habsburgo, la que les tenía que abrir las puertas en la nueva Europa del Este. Pero precisamente por este motivo esto no gustó a los señores polacos. Preferían un príncipe local, un lituano. No les atraía la perspectiva de entregar su reino a la dinastía que empezaba a prepararse para asumir las responsabilidades de custodia del mito del último reino. Ante esto, no les parecía un impedimento que el novio lituano de su reina hubiera invadido recientemente las tierras polacas saqueando, entre otros, un monasterio y robando las reliquias de la Santa Cruz. De alguna manera valoraban que estuviera dispuesto a bautizarse por el rito católico, aunque podía ser sospechoso que esto lo fuera a hacer ya por segunda vez, pues probablemente se había bautizado en Kiev, y, si no, también como su primo Vytautas por el rito católico con la Orden Teutónica.

Fuera como fuese, en 1386 el príncipe lituano, que eligió para su bautismo en Cracovia el nombre de Wladyslaw, pudo casarse a sus 40 años con la reina polaca de 14. En 1399 la reina Jadwiga murió, pocos días después de que falleciera su primer hijo. En 1997 Jadwiga fue elevada a los altares como santa.

Ya siendo rey, Wladyslaw consiguió grandes éxitos políticos, de los cuales sin duda el primero fue vencer a los Caballeros Teutónicos en 1410 en el campo de batalla. Pero la que se considera como la manera genuinamente jagellona de hacer la política será identificada sólo después de su muerte y se manifestará en su plenitud en la generación de sus nietos y biznietos.

Ahora bien, ¿qué tenían los monarcas lituanos en el trono polaco que pudiese constituir una amenaza para los zares rusos? Desde luego, no la posibilidad de una invasión, sino una característica que construirá el rasgo esencial de la identidad política lituana: el escepticismo radical frente a todas las utopías imperiales y al mismo tiempo la apuesta por una ida nueva, el Estado nación (Rowell 1990).

Si en el siglo XIV la unión dinástica polaco-lituana fue un simple apaño para la solución del problema de gobernabilidad propio de todas las monarquías, dos siglos después, la Unión polaco-lituana, proclamada en 1569 en Lublin, se convertirá en la nueva fórmula universal para edificar el poder.

Antes que los rusos, la primera que se sintió amenazada por el desarrollo de la política jagellona fue la casa imperial Habsburgo, que se dio cuenta muy pronto de que los Jagellon mantenían su estrategia antiimperial en varios frentes. Primero buscando el apoyo del Papa a quien veían de aliado. El Concilio de Constanza (1414-1418) fue el primer escenario en que demostraron sus habilidades diplomáticas. Pero hacer política jagellona era tanto más difícil cuanto Cracovia tuvo que comprobar que la idea imperial tenía sus promotores no sólo en la casa Habsburgo, o entre los caballeros de la Orden Teutónica, sino que ya se había instalado en Moscú. Lo comprobaron ya en 1439 con motivo de la celebración en Florencia del nuevo Concilio. Éste tenía como objetivo unir a la iglesia ortodoxa griega y a otras iglesias ortodoxas del Oriente con la iglesia católica representada

por el Papa de Roma. Moscú reaccionó contundentemente contra este proyecto mostrando por primera vez su disposición a liderar proyectos imperiales (Hosking 1997, 5).

La caída de Constantinopla en 1453 supuso un punto de inflexión en la estrategia de los monarcas lituanos en la corte de Polonia. Los monarcas Jagellon tenían que afrontar lo menos agradable de la alianza entre Rusia y los Habsburgo. En el año 1488 el emperador Maximiliano I (1493-1518) ofreció la corona real al soberano ruso Iván III Vasilievich (1440 -1505), que ostentaba sólo el título de Gran Duque de Moscú. Lo que debió de sorprender mucho a todos fue la argumentación con que Moscú rechazó tal ofrecimiento. El príncipe ruso decía que su autoridad emanaba de sus antepasados y que contaba con la bendición de Dios. Por tanto, no necesitaba la confirmación del Emperador de Occidente. Para este tipo de respuesta había bases políticas y diplomáticas de peso. El príncipe Iván III fue no sólo el fundador del Estado ruso, no sólo destruyó la Horda de Oro en 1480 liberándola de su dependencia de los tártaros, sino que contrajo matrimonio en 1472 con Sofía Paleologue, sobrina del último emperador de Constantinopla, Constantino XI, que después de la caída de Constantinopla, junto con sus hermanos y en virtud de la Unión de Florencia de 1439, había sido trasladado a Roma. Fue el Papa Pablo II (1464-1471) quien propuso ese matrimonio, pensando que sería la manera de conseguir el apoyo de esta potencia emergente en su lucha particular contra las potencias europeas que buscaban la independencia de su poder.

Pocos podían imaginarse entonces, en el siglo XV, que Rusia ya estaba preparada mentalmente para no tener que compartir con nadie el sueño imperial. Rusia no contaba con el Papa ni tampoco con el emperador de Roma, ni mucho menos con los Caballeros Teutónicos. La llegada de Sofía a Moscú sólo les acabó de convencer de que sus monarcas eran los herederos legítimos de la corona imperial. Y, por si eso fuera poco, la princesa bizantina, una vez en Moscú, se desligó completamente de Roma, defraudando las esperanzas que había depositado en ella el Papa.

Independientemente de si su llegada fomentó la producción genealógica o si más bien fue la consecuencia de la producción literaria de los moscovi-

tas, lo cierto es que cada vez serían más influyentes en la política rusa los que creían que los soberanos moscovitas tenían el derecho de ser herederos legales del Imperio romano. Y desde luego, no en virtud del matrimonio concertado por el Papa. Ese derecho se remontaba a tiempos muy anteriores: a cuando el emperador bizantino Constantino Monomaco (1042-1055) prometió la corona imperial a su nieto, el Príncipe de Kiev Vladimír Monomaco (1053-1125), que llevaba este nombre precisamente en honor a su abuelo. De esta manera, Moscú, si no podía convencer todavía de que era la nueva Roma, heredera del Imperio de Augusto, por lo menos conseguía demostrar que era heredera de los soberanos de Kiev (Hosking 1997, 5).

Fuera como fuese, Iván III adoptó nuevas insignias y símbolos para su Estado: por arma escogió el águila bicéfala propia del Imperio Romano de Oriente, adoptó todo el aparato cortesano de Bizancio y dio a besar su mano para marcar que estaba por encima de los demás mortales (Wortman 1995, 25-26). Al mismo tiempo tomó medidas para acabar con la única forma de vida política republicana que todavía persistía en Rusia, que era Novgorod. En 1478 las tropas asaltaron el último reducto de la política republicana en las tierras rusas (Vicens Vives 1951, 196-197).

La sangre jagellona no era suficiente garantía por sí misma de que se desarrollara una *política jagellona*, como demuestra la ambivalente figura del rey polaco Alejandro I, que estuvo en el trono polaco desde 1501 hasta 1506 y que cuando era sólo Gran Duque de Lituania se casó con la princesa moscovita Helena, hija de Iván III y de Sofía Paleologue, la descendiente del emperador bizantino mencionado. El matrimonio se celebró en 1495 en Vilnius. Fue, sin embargo, el Papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia) quien puso al rey de Polonia ante el dilema de repudiar a su mujer o convertirla al catolicismo.

Lo más difícil para los Jagellon no fue no poder intervenir en la política en Moscú sino en la de El Escorial. Les preocupaba los Habsburgo, que se esforzaban en abrirles las puertas de la alta política europea a los rusos que respondieron positivamente a los planes del emperador Maximiliano, desde luego no en el sentido de aceptar ser un rey de Rusia autorizado por el emperador de Occidente, sino para desatar una guerra junto con los Habs-

burgo contra los Jagellon, que se comenzó en 1507, y que después de una breve fase de paz se retomó en 1512. Esta vez el emperador Maximiliano decidió enviar a Moscú unas 300 piezas de artillería más su correspondiente munición. En esta campaña las tropas rusas por fin recuperaban Smolensk. Para asegurar la nueva alianza con Rusia el emperador Maximiliano mandó en 1514 al príncipe Moscovita Vasili III un diploma concediéndole el título *Kayser und Herrscher aller Russen*.

Para sabotear este peligroso acercamiento ruso-habsburgo los Jagellon diseñaron la contra-alianza, el Pacto de Viena de 1515. Los Habsburgo empezaron pensar en la posibilidad de guerras conjuntas, esta vez polaco-habsburga contra Rusia. El episodio más recordado de esta etapa será la breve toma de Moscú por la tropa polaco-sueca, en 1610, bajo el mando del rey Segismundo III (1566-1632).

Lo cierto es que las guerras polaco-rusas no podían mejorar la imagen de los monarcas polacos en El Escorial. Era muy difícil esconder que Cracovia seguía su lógica lituana aprovechando todas las oportunidades que les ofrecía la nueva configuración de fuerzas europeas. Cracovia tenía que actuar con rapidez al comprobar que ahora los Caballeros Teutónicos empezaban a buscar su protección ya no en el Papa, ni tampoco en el Emperador, sino en Moscú. Éste fue el momento para que los Jagellon concibiesen un pacto en virtud del cual los nietos del rey polaco Jagellon Segismundo y del emperador Maximiliano contrajeran matrimonio. Éste fue el golpe mortal para los caballeros de la Orden Teutónica, que se quedaban sin la protección imperial. Los que durante siglos enteros se habían presentado como los servidores más fieles del Papa y del emperador de Occidente, ahora se mostraban dispuestos a servir al soberano moscovita al ver en él la figura más preparada para preservar el mito imperial.

Tras la nueva victoria militar sobre la Orden Teutónica, el monarca polaco Segismundo I el Viejo (1467-1548) pasó a la ofensiva, y esta vez se comprometió él mismo a proteger a los Caballeros, una vez que éstos dejaron atrás su pasado católico y, convertidos al protestantismo, pasaron al bando de los enemigos del Papa. El día 8 de abril de 1525 se firmó en Cracovia la paz entre Polonia y lo que quedaba de la vieja Orden Teutónica.

Entre las condiciones del tratado figuraba la protección polaca del cisma luterano. La corte de Cracovia fue testigo de un acontecimiento impactante: el que fuera antiguo Gran Maestre de la Orden Teutónica, hasta hacía poco monje católico al servicio de Roma y de los Habsburgo, tras abjurar de sus votos, pasó a ser simplemente *duque* de Prusia y vasallo del rey de Polonia. Así nacía la futura Prusia que en el siglo XIX llevará la bandera del Estado nacional. Este acto fue el primer triunfo europeo de la lógica lituana de comprender la política. Todavía faltaba tiempo para que a la sombra de la diplomacia *a la lituana* surgiera la nueva idea de construir Estados nacionales. Esto llegaría en 1569. Polonia, hasta esa fecha unida a Lituania sólo por un pacto dinástico, pasará a ser una nueva unidad política llamada nación bajo el nombre de “la república de las dos naciones”.

Este nuevo surco de *nationbuilding* que se iba abriendo paso en Europa no podía resultar nada atractivo para Rusia. El trono de Moscú ya estaba ocupado por Iván IV (1530-1584) que fue el primer soberano ruso que usó el título de Zar. El monarca ruso además comprobaba que el mito imperial acababa de asentarse en la conciencia colectiva de sus súbditos. Su mentor, el Metropolitano de Moscú, Macario (1482-1564), acababa de publicar en 1541 una obra titulada *Stepennaia kniga tsarskovo rodoslaviia* en la que exponía la genealogía imperial de los monarcas rusos. Según él, fue el Creador quien, desde el comienzo de los tiempos pretendía establecer en la tierra el imperio cristiano: su primer intento fue Jerusalén, después vino Roma, Bizancio y al final Kiev. Al no poder conseguirlo apostó por Moscú. El sacerdote Macario pasó a la historia rusa no sólo como quien puso en 1543 la corona sobre la cabeza del primer Zar, sino también por ser el primero en echar a andar la primera imprenta que publicaba libros en lengua rusa (Hosking 1997, 6). Así, el sueño imperial, que hasta ese momento era exclusivo de los soberanos, de la corte y de la clase sacerdotal, empezaba a extenderse entre todas las capas del pueblo ruso.

La idea imperial cada vez más consolidada en Moscú, resultaba también muy atractiva para muchos polacos. Cuando, tras la muerte del último Jagellon en el trono polaco en 1572, el Zar Iván el Terrible presentó su candidatura al trono de Cracovia, entre los que le apoyaban estaba el más grande de los poetas del Renacimiento polaco, el fundador de la lengua

polaca Jan Kochanowski. Le apoyó también el político más ambicioso y mejor preparado en la corte polaca, Jan Zamoyski. Así nacía el partido ruso en la política polaca.

La compleja historia de las relaciones polaco-rusas, que se distingue precisamente por su dimensión no-bilateral, nos puede aproximar a la respuesta a la pregunta de por qué Rusia decidió acordarse de un episodio de su historia, la breve toma de Moscú por las tropas polacas y su posterior derrota el día 4 de noviembre en el año 1612. Desde el año 2004 este día es la nueva fiesta nacional: el Día de la Unidad Nacional. No se celebra por primera vez, pues ya se hizo en 1649, y se prolongó hasta 1917, aunque entonces se llamara “de la Virgen de Kazan”, la patrona de Rusia.

MITOS EN SÍMBOLOS Y MITOS EN FÁBULAS

Ya decía Arnold Toynbee que la palabra “historia” tiene dos sentidos: *lo que ya pasó*, y todo *lo que puede ser contado*. Ahora bien, para gobernar ¿hay que saber contar historias? La respuesta es que en la era de la democracia no se puede gobernar sin contar fábulas. Por eso no debería extrañarnos que contar historias sea la principal actividad de los políticos y que éstos se sientan cada vez más obligados a compartir el espacio no tanto con los historiadores de academia, sino con los autores de novelas. Fue el primer ministro británico y fundador del Partido Conservador, Benjamin Disraeli (1804-1881) quien se abrió paso hacia el poder empezando como autor de novelas. De Winston Churchill (1874-1965) sabemos que ganó una guerra mundial, pero también deberíamos recordar que fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Por eso no nos sorprende que el canciller de Alemania, Gerhard Schröder, antes de perder las elecciones y antes de tomar la decisión de dedicarse a la actividad empresarial, pensara escribir una novela junto con el escritor sueco Henning Mankell, que tendría como escenario la Guerra de Irak (*ABC*, 18 de mayo 2004).

Para acabar este breve listado de la afición a fabulación de los hombres del poder tenemos que recordar que, a la diferencia de otros dictadores de su tiempo, Francisco Franco no fue autor de ninguna obra que pudiese ser

calificada de utopía. No escribió un texto parecido al que redactó, por ejemplo, el dictador de Portugal Antonio de Oliveira Salazar, autor de *Estado Novo*. Pero tampoco sería exacto decir que fundó un régimen sin haber escrito nada; Franco fue el autor del guión de la película *Raza*.

Esto nos lleva a pensar que los mitos no tienen que aparecer sólo en forma de utopía; ni siquiera en forma de símbolos políticos. Estos últimos no agotan la secuencia de etapas en las que se expresa la conciencia mítica. Así, a la secuencia *mito-utopía-símbolo* habría que añadir el otro segmento: la *fábula*, que significa la invención de la historia. Dicho de otra manera, si la reflexión sobre los mitos en la política en los tiempos del totalitarismo se centraba en el estudio de las utopías y los símbolos, en nuestra era debe centrarse en las fábulas, porque parece que éstas son las manifestaciones míticas más adecuadas. Esto es lo que pensaba el escritor yugoslavo Milorad Pavic, que vio en su propia novela la premonición de lo que iba pasar con su país (Pavic 1989, 22).

En nuestros tiempos audiovisuales, lo que convierte a alguien en “hombre del poder”, no es tanto su capacidad narrativa, como era el caso de los dos primeros ministros citados, sino su predisposición a subordinar su vida al contenido de una película. Y éste podría ser el caso del presidente ruso Vladimir Putin. Es obvio que pudo llegar a ser el presidente de Rusia gracias al apoyo mayoritario de los ciudadanos, que lo manifestaron en dos ocasiones en las urnas, pero su carisma tiene su origen en las películas de espionaje. Así piensan de él muchos rusos, y por lo menos un comentarista polaco que ve en él, el primer *Blond Bond* (es decir, el nuevo Agente 007 rubio). Ésa es la imagen en que se quiere ver reflejado el presidente ruso. Para Janusz Wroblewski, la nueva película de las aventuras de James Bond tiene todos los ingredientes para que el presidente ruso se parezca al agente inglés, sobre todo en sus relaciones con las mujeres (*Politka* 46/2006). Ante esa hipótesis sólo nos queda una duda: si el envenenamiento de un antiguo espía ruso en Londres formaba parte de la campaña de publicidad para promocionar la película “Casino Royale” o tenía que coincidir con la cumbre de la UE y Rusia en Helsinki. Ésta acabó sin acuerdo estratégico por culpa del veto polaco, pero no se puede negar tampoco que la cumbre Europa-Rusia y el estreno de la película coincidieron plenamente. Fue el 24 de noviembre de 2006.

BIBLIOGRAFÍA

- BARFORD, P.M. (2001)**
The Early Slavs. Culture and Society in Early Medieval Eastern Europe. London: The British Museum Press.
- CABRERA, Emilio. (1998)**
Historia de Bizancio. Barcelona: Ariel.
 Carr, Francis. 1990. *Iván el Terrible.* Madrid: Edad.
- CASSIRER, Ernst. (1979)**
Symbol, myth and culture: essays and lectures of Ernst Cassirer 1935-1945; edited by Donald Phillip Verene. New Haven: Yale University Press.
- CHERNIAVSKY, Michael. (1969)**
Tsar and People: Studies in Russian Myths. New York: Random House.
- DAWSON, Christopher. (1953)**
Hacia la comprensión de Europa. Madrid: Rialp.
- FRIEDRICH, Carl Joachim. (1968)**
El Hombre y el Gobierno. Una teoría empírica de la política. Madrid: Tecnos.
- GARCÍA-PELAYO, Manuel. (1964)**
Mitos y símbolos políticos. Madrid: Taurus.
- HA-LEVÍ, Yehudah. (2001)**
El Cuzary. Libro de la prueba y de la demostración en defensa de la religión menospreciada. Barcelona: Indigo.
- HALPERIN, Charles J. (1982)**
 "George Vernadsky, Eurasianism; the Mongols, and Russia". *Slavic Review* 41 (Autumn): 477-493.
- HOSKING, Geoffrey. (1997)**
Russia: People and Empire 1557-1917. Cambridge: Harvard University Press.
- JACKSON, Peter. (1999)**
 "The Mongols and Europe". En: Abulafia, David. 1999. *The New Cambridge Medieval History. Volume V, c. 1198 - c. 1300.* Cambridge: Cambridge University Press, 703-719.
- JUARISTI, Jon. (2000)**
El bosque originario. Genealogías míticas de los pueblos de Europa. Madrid: Taurus.
- KOESTLER, Arthur. (1976)**
El Imperio Kázar y su herencia. Barcelona: Ayamá.
- KOLLMANN, Nancy Shields. (2000)**
 "The Principalities of Rus in the Fourteenth Century." En: Jones, Michael. *The New Cambridge Medieval History. Volume IV, c. 1300 - c. 1415.* Cambridge: Cambridge University Press.
- LASKOWSKI, Witold. (2004)**
 "Amnezja Putina" *Tygodnik "Wprost"* 1133 (15 sierpnia) <http://www.wprost.com.pl/ar/?O=64654&C=57>.
- NAÍM, Moisés. (2004)**
 "Russia's Oily Future". *Foreign Policy*; 140. (Jan/Feb): 96-98.
- NOONAN, Thomas S. (1999)**
 "European Russia, c. 500 - c. 1050." En: Reuter, Timothy *The New Cambridge Medieval History, vol. III: c 900-c 1024.* Cambridge: Cambridge University Press, 478-513.

NOVIKOVA, Olga. (2005)

"El discurso político ruso y Europa".
Lamusa: pensamiento, Universidad y Red, volumen 3, 125-137.

PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, Jesús. (1948)

Zarismo y bolchevismo.
Madrid: Moneda y Crédito.

PAVIC, Milorad. (1989)

"Observaciones preliminares"
en *Diccionario jázaro. Novela léxico*.
Barcelona: Anagrama.

PETERSON, Dale E. (1997)

"Civilizing the Race: Chaadaev and Paradox of Eurocentric Nationalism".
Russian Review 56 (October):
550-563.

PIPES, Richard. (2004)

"Flight From Freedom: What Russians Think and Want". *Foreign Affairs* 83 (May/Jun): 9-15.

POPOWSKI, Sławomir. (2004)

"Polityczny portret Michai_a Gorbaczowa: Przeglany ucze_ czarnoksi_nika".
Rzeczpospolita 18 de diciembre.
http://www.rzeczpospolita.pl/dodatki/plus_minus_041218/index.html

PRZEBINDA, Grzegorz. (2001)

"Ukrai_cy, Rosjanie, Papie_ z Polski..."
Miesiencznik Znak 552 (maj).
<http://www.znak.com.pl/znak/diagnozy552.html>

ROWELL, S. C. (1996)

"Unexpected Contacts:
Lithuanians at Western Courts. C. 1316-1400". *The English Historical Review* 111 (Jun): 557-577.

ROWELL, S. C. (2000)

"Baltic Europa".
En *The New Cambridge Medieval History*, vol. 6 (c.1300-1415),
ed. Michael Jones.
Cambridge: Cambridge University Press 699-734.

ROWLAND, Daniel. (1996)

"Moscow-The Third Rome or the New Israel?" *Russian Review* 55 (October) 591-614.

SCHMIED, Siegfried J. (1989)

Die Selbstorganisation des Sozialsystems Literatur im 18. Jahrhundert.
Frankfurt/M.: Suhrkamp.

SHEYNIN, Hayim Y. (2000)

"Khazar" En: *Reader's Guide to Judaism*. Editor Michael Ferry. Chicago: Fitzroy Dearborn, 339-340.

TANNER, Marie. (1993)

The Last Descendant of Aeneas. The Habsburgs and the Mythic image of the Emperor. New Haven: Yale University Press.

VICENS VIVES, Jaime. (1951)

Historia general moderna. Del renacimiento a la crisis del siglo XX. Tomo I.
Barcelona: Montaner y Simon.

WORTMAN, Richard. (1995)

Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy. Volume One: From Peter the Great to the Death of Nicholas I. Princeton: Princeton University Press.

LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Primavera de 2007

NÚMERO

31



...

LUIS DEL PINO: 11-M. Juicio en marcha

MIKEL BUESA (et alii): ¿Pueden servir los atentados
como fuente de financiación del terrorismo?

JAN STANISLAW CIECHANOWSKI: Polonia, 1956

JOAQUÍN TRIGO PORTELA: El desarrollo económico y sus enemigos en el siglo XXI

CARLOS ALBERTO MONTANER: ¿Qué ocurrirá tras la muerte de Fidel Castro?

RAFAEL L. BARDAJÍ: Una visión neoconservadora del mundo de hoy

CARLOS SEMPRÚN MAURA: Bajo la amenaza del Corán

...

RETRATOS: Barry Goldwater · Condillac

RESEÑAS · EL LIBRO PÉSIMO · EL RINCÓN DE LOS SERVIDES

...

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

lailustracion@libertaddigital.com